

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE HECHOS

**El testimonio central de Dios:
el Cristo encarnado, crucificado, resucitado y ascendido,
quien es una persona todo-inclusiva
(Mensaje 6)**

Lectura bíblica: Hch. 2:22-36; 3:13-15, 22-23, 26;
4:10-12; 5:30-31; 9:20, 22; 13:33-34

- I. Al estudiar el libro de Hechos, debemos tener la perspectiva del Señor Jesús como Aquel que está en el trono en el aspecto económico y en nosotros en el aspecto esencial; ésta es la revelación que precede al libro de Hechos—He. 12:2; Ap. 5:6; 2 Ti. 4:22; 1 Co. 6:17.
- II. El testimonio central de Dios es el Cristo encarnado, crucificado, resucitado y ascendido—Hch. 1:3, 9-11; 2:22-24, 32-36.
- III. Todos necesitamos disfrutar plenamente a Cristo como la Fiesta de la Siega; este rico disfrute de Cristo es, de hecho, el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, quien es la consumación del Dios Triuno procesado que llega a nosotros—v. 1, nota 1.
- IV. Todos los apóstoles llevaron a cabo el mismo ministerio, el cual consistía en portar el testimonio de Jesucristo como Aquel que fue encarnado, crucificado, resucitado y ascendido, quien es el Señor de todos; ellos hicieron esto al anunciar a Cristo en Su persona y obra—1:17; 9:20, 22; 10:36-43:
 - A. Con respecto a Cristo hay dos aspectos principales: el aspecto de Su persona y el aspecto de Su obra; la frase *el Hijo de Dios* denota Su persona y la frase *el Cristo* denota Su obra—9:20, 22; Jn. 20:31:
 1. El hecho de que el Señor Jesús sea el Hijo de Dios significa que Él es Dios, Aquel que tiene un origen divino único—1:18; 3:16.
 2. El hecho de que el Señor Jesús sea el Cristo significa que Él es Aquel que Dios ha ungido y designado para llevar a cabo todo lo que Dios desea—Mt. 16:16-18.

- B. Pedro fue testigo del hombre Jesús en Su obra, muerte, resurrección y ascensión—Hch. 2:22-36:
1. Mientras Cristo vivía y ministraba, todo lo que hacía mostraba que quien realizaba Su obra era Dios, y que Él había sido plenamente examinado, probado y aprobado por Dios—v. 22.
 2. La crucifixión del Señor no fue un accidente que ocurrió en la historia humana, sino el cumplimiento deliberado del consejo divino que Dios determinó, el cual tuvo lugar según la predestinación eterna del Dios Triuno—v. 23.
 3. La resurrección de Cristo fue la manera en que Dios lo aprobó y declaró que Él era el verdadero Mesías, Aquel que había sido ungido y designado por Dios para llevar a cabo Su comisión divina—vs. 24-32.
 4. La ascensión de Cristo fue la manera en que Dios lo exaltó; el derramamiento del Espíritu Santo fue la señal de que Dios había exaltado al Señor Jesús y lo había hecho Señor y Cristo—vs. 33-36.
- C. La encarnación hizo que Jesús sea un hombre, Su vivir humano en la tierra lo hizo apto para que fuese el Salvador del hombre, Su crucifixión efectuó una plena redención a favor del hombre, Su resurrección vindicó Su obra redentora, y Su exaltación lo invistió para que fuese el Líder a fin de que pudiese ser el Salvador; Su exaltación fue el último paso mediante el cual fue perfeccionado para ser el Salvador del hombre—5:30-31; He. 2:10; 5:9.
- V. El testimonio que los apóstoles dieron de Jesucristo, el Señor de todos, fue todo-inclusivo; según se describe en el libro de Hechos, ellos predicaron y ministraron al Cristo todo-inclusivo—3:13-26; 4:10-12; 13:22-39:
- A. Pedro en su ministerio anunció al Cristo todo-inclusivo—3:13-26; 4:10-12:
1. El Señor Jesús, el Siervo de Dios, el Sanador, es el Santo y Justo—3:13-14, 16:
 - a. Como el Santo, Él está absolutamente consagrado a Dios, apartado para Dios y es uno con Dios.
 - b. Como el Justo, Él está bien con Dios y con todos los hombres y todas las cosas—v. 14.

2. Cristo es el Autor de la vida, Él es la fuente y Originador de la vida, el Líder principal en vida—v. 15.
 3. El Señor Jesús es el Profeta, quien habla por Dios y lo proclama—vs. 22-23.
 4. Cristo es los tiempos de refrigerio; tener a Cristo es experimentar tiempos de refrigerio—v. 20.
 5. Cristo es la simiente en quien recibimos la bendición de Dios—v. 25.
 6. Dios envió al Cristo ascendido mediante el derramamiento del Espíritu; cuando el Espíritu derramado vino a las personas, ése era Cristo, el ascendido, que Dios les enviaba—v. 26.
 7. Como el Salvador-piedra, Cristo es el material para la edificación de Dios; en resurrección Dios lo hizo la piedra del ángulo, la piedra sobresaliente que une las paredes de un edificio—4:10-12.
- B. Pablo en su ministerio anunció al Cristo todo-inclusivo; él llevó a cabo una obra en la cual presentó, transmitió y ministró al Cristo todo-inclusivo hecho real como el Espíritu vivificante—13:22-39; 1 Co. 15:45:
1. Por medio de la resurrección, Cristo llegó a ser el Hijo primogénito de Dios; el hecho de que Dios levantara a Jesús de entre los muertos fue la manera en que Él lo engendró para que fuese Su Hijo primogénito—Hch. 13:33; Ro. 8:29:
 - a. Como el Hijo unigénito, el Señor es la corporificación de la vida divina—Jn. 1:4; 1 Jn. 5:11-12.
 - b. Como el Hijo primogénito, Cristo es Aquel que imparte la vida con miras a la propagación de la misma—Ro. 1:3-4; 8:2, 6, 10-11, 29.
 - c. En Hechos 13 vemos que para la propagación, Pablo predicaba a Cristo como el Hijo primogénito; por esta razón, él predicaba la resurrección del Señor Jesús como Su nacimiento en Su humanidad para ser el Hijo primogénito de Dios—v. 33.
 2. El Cristo resucitado es el gran don que Dios nos ha dado, y este don es llamado *las cosas santas y fieles de David*—v. 34:
 - a. Este Santo es Cristo, el Hijo de David, en quien están

centradas y son transmitidas las misericordias de Dios; por consiguiente, *las cosas santas y fieles de David* se refiere al Cristo resucitado.

- b. Las cosas santas y fieles son todos los aspectos de lo que Cristo es, o sea, Cristo mismo como misericordias para nosotros, un don todo-inclusivo que Dios nos ha dado para que lo experimentemos y disfrutemos— v. 34.

MENSAJE SEIS

EL TESTIMONIO CENTRAL DE DIOS: EL CRISTO ENCARNADO, CRUCIFICADO, RESUCITADO Y ASCENDIDO, QUIEN ES UNA PERSONA TODO-INCLUSIVA

Oración: Señor, te amamos con todo nuestro ser, con todo nuestro corazón, nuestra alma, nuestra mente y todas nuestras fuerzas. Señor, te amamos y queremos ser aquellos que están atentos a ti, se ocupan de ti y enfocan todo su ser en ti. Oramos que nos concedas un fresco espíritu de sabiduría y revelación para recibir tal visión de Tu persona como el centro, la centralidad y la universalidad de Dios y Su economía. Concédenos la visión de que en este universo a Dios sólo le interesa Cristo, para que nosotros también nos intereseamos sólo en Cristo y tengamos solamente a Cristo como nuestro testimonio. Oramos para que nuestro único testimonio sea Aquel que ha sido encarnado, crucificado, resucitado, ascendido y que ahora se ha derramado. Señor, estamos aquí como parte del gran “me” corporativo. Somos uno con este “me” universal en esta tierra. Declaramos con firmeza que somos uno contigo, nuestra Cabeza. También declaramos con determinación que somos uno con Tu Cuerpo. Gracias porque el Cuerpo está unido a la Cabeza y la Cabeza es una con el Cuerpo. Gracias porque estamos viviendo hoy en la tierra dentro del gran “me” corporativo. Estamos aquí para ser Tus testigos, quienes te proclaman, te escuchan y testifican de ti a todo el universo. Este “me” corporativo le testifica a Satanás que Jesucristo es el Señor, que Él es todo para Dios y todo para nosotros, y que en el nuevo hombre no hay base ni posibilidad alguna para nada ni nadie que no sea Cristo, quien es todo y en todos. ¡Aleluya! ¡Te alabamos, Señor Jesús!

EL GRAN “ME” CORPORATIVO ES CRISTO MISMO

En este mensaje quiero comenzar dando énfasis a un punto del mensaje anterior que me dejó muy redargüido. En Hechos 9:4-5 el “me” a quien Saulo perseguía es en realidad Cristo mismo, quien es la Cabeza y el Cuerpo. Por lo tanto, cuando tenemos contacto con otro

miembro del Cuerpo, estamos teniendo contacto con Cristo mismo. Esto es un asunto muy serio. Si cada uno de nosotros reconsiderara delante del Señor la manera en que contactamos a otros miembros del Cuerpo, creo que todos seríamos redargüidos y expuestos por Él. Nuestra visión en este asunto es todavía muy inadecuada. Considere, por favor, su diario vivir y su contacto normal con los santos en la vida de iglesia. ¿Cuán a menudo, en nuestro contacto con los hermanos y hermanas, somos conscientes de que estamos teniendo contacto con Cristo mismo? ¡Oh, cuánto necesitamos una visión que gobierne la manera como vivimos en el Cuerpo! A menudo tratamos a los hermanos o hermanas de una forma que no honra a Cristo, que difiere de la manera como trataríamos a Cristo si Él estuviese entre nosotros en la carne. Si estuviésemos tratando directamente con Cristo, sin duda mostraríamos mucha más consideración, lo manejaríamos con cuidado, como a alguien que es “frágil”. Sin embargo, cuando tratamos a los hermanos y hermanas, ésta no es siempre nuestra actitud. Tal vez pensemos: “Sólo es otro hermano. Sólo es otra hermana. Aquel tiene muchos problemas. Este es muy raro”. Entonces, al tener contacto con ellos, carecemos del debido cuidado, amor y honra que les debemos. Si tenemos la visión de que el miembro que parece más pequeño y desagradable es parte de este “me”, trataríamos a cada santo con solicitud, como si estuviésemos tratando con Cristo mismo. Este punto me redarguyó. Espero que el Señor tenga misericordia de todos nosotros a fin de que mientras vivimos en la vida de iglesia con tantos santos de todas clases, trasfondos y condiciones recordemos que cada santo es Cristo. Si maltratamos a un hermano o hermana, o incluso lo tratamos de una manera inapropiada, estamos siendo igual que Saulo, que perseguía a Jesús, el maravilloso “me”.

LA SINFONÍA DE LA UNANIMIDAD EN CONTRASTE CON LA CACOFONÍA DE LA DISCORDIA

Me gustaría además desarrollar más un punto del mensaje 2 que se relaciona con la unanimidad. La unanimidad es una sinfonía que fluye de manera dulce, suave y melodiosa para Dios. Creo que en esta ilustración hay muchas facetas que pueden servirnos de inspiración para mejorar y avanzar en nuestra práctica de la unidad, que es la unanimidad. La palabra *cacofonía* es el antónimo de *sinfonía*. Una *cacofonía* se define en *The American Heritage Dictionary* como “inarmónico, sonido discordante; disonancia”. Una cacofonía es generalmente desagradable

al oído. Podemos ilustrarlo una vez más mediante una orquesta con muchos músicos y diferentes instrumentos. Antes de que la orquesta comience a tocar, mientras los músicos están preparándose, todos están tocando diferentes piezas o movimientos. Ese sonido discordante es una cacofonía. Nadie compra un boleto de concierto para ir a escuchar eso. Esto es discordia.

En un momento dado, sin embargo, el concertino, que es el primer violinista, sale y todos los demás dejan de tocar sus propias piezas musicales. El concertino da una nota, usualmente un la, y todos los demás tocan la misma nota. De pronto, cesan los múltiples diferentes sonidos y sólo se emite una nota. Aunque todavía no están tocando una melodía, se están afinando. Esto se puede comparar al proceso de que seamos afinados en un mismo sentir y en un mismo parecer (1 Co. 1:10). Después de afinar todos los instrumentos con la misma nota, entra el director y dirige la orquesta a interpretar una música hermosa. Entonces la orquesta puede tocar una sinfonía.

Para elaborar sobre esta ilustración, podemos considerar lo que pueden representar las diferentes partes de la orquesta y la sinfonía. ¿Quién es el director? Sin duda el Director es el Señor Jesús. Ciertamente yo no soy el director, y no creo que ninguno de ustedes reclame serlo. Solamente el Hijo sabe cómo tocar el himno al Padre, y sólo el Hijo sabe cómo cantar ese himno al Padre en medio de la iglesia (He. 2:12). Por lo tanto, Él es el único Director, y todos nosotros somos los músicos. Entonces, ¿cuál es nuestra música? Sólo tenemos un tipo de música, la de un solo compositor. Si todos tuviésemos diferentes piezas de música o no estuviésemos en la misma página, no habría manera de tocar una sinfonía. Por lo tanto, nuestra música es la enseñanza de los apóstoles. Todos debemos tocar la misma música. Además, una sinfonía generalmente tiene, por lo menos, cuatro movimientos. La economía de Dios avanza mediante diferentes “movimientos”. No estoy seguro en qué movimiento estamos hoy, pero creo que en el desarrollo de la economía de Dios estamos cerca del último movimiento. Esta es una composición sinfónica grandiosa y universal titulada “La economía eterna de Dios”, que está siendo interpretada en todas las iglesias en el recobro del Señor. Entonces, ¿cuáles son nuestros instrumentos? Nuestros instrumentos son todos diferentes. Los instrumentos que usamos dependen de la medida del don o talento que Dios ha dado a cada uno en Su soberanía, según Él lo ha ordenado, para la edificación del Cuerpo de Cristo. En este sentido, todos tenemos una medida diferente

conforme a la gracia que nos ha sido dada (Ro. 12:6). Finalmente, aunque todos podemos tener nuestros instrumentos y la misma partitura, los instrumentos aún tienen que ser afinados a la misma nota, al la. La nota a la cual todos somos afinados es *Él*. Cristo es la nota a la cual todos tenemos que afinarnos. Si alguno de los músicos toca algo diferente de lo que dirige el director, probablemente será retirado de sus funciones en la orquesta. En Filipenses 2:2 Pablo dice: “Completad mi gozo, tened todos el mismo pensamiento, con el mismo amor, unidos en el alma, teniendo este único pensamiento”. Esto “único” se refiere a conocer y experimentar más a Cristo, este Cristo es nuestro la. Entonces, mientras todos tocamos esta música, tenemos una dulce comunión. Finalmente, ¿quién es el concertino? Creo que el concertino es el ministro de la era. El ministro de la era nos da la nota con la cual todos tenemos que afinarnos. Luego el director está listo para dirigirnos, y todos los instrumentos están preparados para tocar. Esto significa que debe haber entre nosotros mucha comunión y mucha práctica de la unanimidad.

En el mensaje 4 vimos que no sólo debemos tener la enseñanza de los apóstoles sino también la comunión de los apóstoles. Por un lado, esta comunión es vertical con el Señor; es decir, cada músico debe concentrarse por completo en el director. Debemos tener una comunión ininterrumpida con la Cabeza a fin de tocar esta música. Sin embargo, solamente esa comunión no es suficiente. Cada músico y cada sección tiene que estar pendiente de las secciones vecinas, e incluso de toda la orquesta. Esto significa que también debemos ocuparnos de la comunión horizontal con todos los demás miembros. Cuando existe tal situación de comunión, tanto vertical como horizontal, la orquesta puede tocar una sinfonía. Todo el Cuerpo puede moverse en un mismo sentir, voluntad, propósito, alma y corazón y tomar el mismo camino. Luego, cuando la orquesta comience a tocar en armonía, todos seremos elevados a los cielos, y el Padre disfrutará de una hermosa sinfonía.

En el Cuerpo no hay solistas, ni virtuosos solitarios. Somos miembros los unos de los otros. Como mínimo usted necesita ser un dúo o un trío, según se muestra en Mateo 18:19-20. Tal vez usted está en una pequeña orquesta de cámara, es decir, una pequeña localidad, pero aun así todos deben tocar en unanimidad. Ya sea que estemos en una orquesta de cien músicos, o que seamos cinco orquestas que se unen para tocar, todos debemos tocar la misma música, tener la misma unanimidad. Si

somos dos o tres personas, un grupo pequeño, una iglesia, muchas iglesias de cierta parte de la tierra o incluso todo el recobro, todos estamos aquí para tocar una misma sinfonía, es decir, tocamos la música celestial de la economía eterna de Dios, en la que cada miembro está afinado con una misma nota: Cristo. Debemos tocar esta música para complacer al Padre.

Cuando tengamos tal unanimidad en todo el recobro del Señor, tendremos el impacto y la moral, tendremos el poder, habrá un efecto dinámico, y la bendición abundante del Señor se derramará sobre nosotros. Ahora nuestra necesidad es practicar. El punto principal del mensaje de la unanimidad es que tenemos que practicar, practicar y practicar. No nos conformemos con pensar acerca de esto o anhelarlo, sino que debemos practicar la unanimidad de muchas maneras. Lamentablemente en muchos lugares hay ofensas que no han sido perdonadas, hay diferencias históricas, hay reclamos de superioridad, hay conflictos y competencia. Todo esto impide que toquemos esta música. Con razón carecemos de la bendición en términos del aumento, el evangelio, las reuniones y la edificación de la iglesia. Nuestra carencia se debe a la falta de unanimidad. Todos debemos ejercitar nuestro espíritu y esforzarnos para practicar esta unanimidad.

ESTA PERSONA REVELADA EN EL LIBRO DE HECHOS

Este es un dulce mensaje acerca del testimonio central de Dios, quien es *Éste* que es todo-inclusivo. La palabra *Éste*, que se refiere a Cristo, es muy especial en el libro de Hechos; se utiliza más de veinte veces en este libro. Particularmente, la frase “a *Éste*” se utiliza diez veces [en la Versión Recobro en inglés]. No dice “Aquel” sino “*Éste*”. Por lo tanto, centremos todo nuestro ser en “*Éste*”. “*Éste*” es el testimonio central de Dios, el Cristo encarnado, crucificado, resucitado y ascendido, quien es una Persona todo-inclusiva. El Señor tiene que darnos una visión en nuestro espíritu de que *Éste* es todo-inclusivo. Todo el Antiguo Testamento profetiza y testifica con respecto a *Éste*, acerca de Su persona, Su obra, Su vivir y Su ministerio. Todo el Antiguo Testamento testifica concerniente a Cristo. El Antiguo Testamento no es meramente una recopilación de historia, genealogía, profecía y poesía. Desde luego, todas estas cosas están incluidas en el Antiguo Testamento, pero todas señalan a una persona: Cristo. Por lo tanto, cuando leemos el Antiguo Testamento, lo debemos hacer desde

esta perspectiva. El Señor Jesús mismo testificó varias veces que las Escrituras del Antiguo Testamento testificaban acerca de Él (Lc. 24:44, Jn. 5:39).

En Juan 5 hay cuatro cosas que testifican con respecto al Señor: la palabra de Juan el Bautista (vs. 32-33), las obras del Hijo (v. 36), la palabra del Padre (vs. 37-38) y las Escrituras (vs. 39-47). Estos cuatro juntamente testifican y señalan a Aquel que es el Cristo, el Hijo de Dios. El Padre habló audiblemente mediante unas pocas palabras escogidas. Él no desperdicia ni una palabra cuando habla. Lo único que el Padre habló audible para el hombre fue: “Éste es Mi Hijo, el Amado; a Él oíd” (Mr. 9:7). El Padre no tiene otra cosa de qué hablar ni nada más que mostrar o exhibir aparte de Su Hijo. Si esto es así para Dios el Padre, cuánto más debe ser así para nosotros.

Por lo tanto, todos nosotros, pero especialmente los jóvenes, necesitamos estudiar las profecías del Antiguo Testamento. Lucas 24:44 nos dice que los treinta y nueve libros del Antiguo Testamento testifican acerca de Cristo. Luego en el Nuevo Testamento Cristo vino como el hombre Jesús. Él fue Dios mismo concebido en el vientre de una virgen y nacido de una virgen para llegar a ser una nueva especie que nunca jamás existió en esta tierra. Él era un Dios-hombre: el Dios completo y el hombre perfecto mezclados en una persona, Jesucristo. Durante treinta y tres años y medio llevó un vivir en la tierra que jamás hombre alguno vivió. Él llevó una vida en la que expresó de forma cabal los atributos divinos de Dios en las virtudes humanas. Consideremos a “Éste” y centremos todo nuestro ser en esta Persona todo-inclusiva. Él entró en la muerte, pero la Suya no fue una muerte común, sino que fue una muerte como no hay otra en la historia humana. Su muerte acabó con toda la vieja creación y cumplió la redención eterna de Dios. Luego Él fue sepultado, y toda la vieja creación fue sepultada con Él. ¡Qué Persona! Después, al tercer día, Él resucitó. Resucitó de los muertos y fue levantado de la muerte para ser hecho el Espíritu vivificante. Este Espíritu es el Dios-hombre que nos alcanza, con todos los elementos de su maravilloso proceso.

Después que resucitó y ascendió secretamente a los cielos, Éste se apareció muchas veces a Sus discípulos durante un periodo de cuarenta días. La noche del día de Su resurrección, vino y se sopló como el Espíritu dentro de Sus discípulos, quienes son nuestros representantes (Jn. 20:22). Luego, antes de su ascensión pública, mandó a Sus discípulos a que no salieran de Jerusalén sino que esperaran la promesa del Padre

(Hch. 1:4), que era la promesa del Espíritu derramado. Al final de esos cuarenta días ascendió físicamente a los cielos y fue iniciado en Su ministerio celestial como Señor y Cristo (Hch. 2:36). Aunque en Su divinidad siempre había sido Señor y Cristo, en Su ascensión, como Hombre, fue inaugurado como Señor y Cristo, debido a que en Su resurrección introdujo Su humanidad en la divinidad. Ahora hay un hombre en los cielos. Este Hombre es Señor y Cristo. En Su inauguración no sólo recibió el honor, la gloria, el poder y la majestad, sino también la promesa del Espíritu Santo dada por el Padre. Habiendo recibido esta promesa, Él a su vez derramó este Espíritu sobre Sus discípulos el Día de Pentecostés. El derramamiento del Espíritu completó la venida del Espíritu enviado por el Padre y el Hijo (Jn. 15:26) y cumplió la promesa del Señor dada a Abraham (Gá. 3:14).

Mediante el derramamiento del Espíritu, el Dios Triuno procesado y consumado puede ahora mezclarse totalmente con nosotros. “Porque en un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un solo Cuerpo, [...] y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1 Co. 12:13). Hoy, esta Persona se ha hecho uno con nosotros; en el aspecto esencial vive en nosotros, y en el aspecto económico ha sido derramado sobre nosotros. Por un lado, está a la diestra de Dios en los cielos (He. 8:1), pero por otro lado, Él está en nuestro espíritu (2 Ti. 4:22). Hoy esta Persona llena todo el universo. Él está en el trono en los cielos y en nuestro espíritu al mismo tiempo. Aquel que ha sido exaltado y sentado a la diestra de Dios, es Aquel a quien los apóstoles predicaban y de quien ellos testificaban. Esta Persona es el testimonio central de Dios. Éste es Aquel a quien expresamos en nuestro vivir en la iglesia. Es Aquel de quien testificamos día tras día y a quien expresamos como el testimonio de Jesús. Todos debemos ver a esta Persona todo-inclusiva y debemos enfocar todo nuestro ser en Él.

El bosquejo de este mensaje extrae y cristaliza lo que contienen los mensajes del Estudio-vida. Aquí encontrarán que en la predicación y testimonio de Sus apóstoles, especialmente de Pedro y Pablo, hay muchos puntos muy ricos acerca de este Cristo que es todo-inclusivo. Pedro dio un testimonio maravilloso en su primer mensaje a los judíos (Hch. 2), en el cual dio testimonio de Jesús en Su encarnación, muerte, resurrección y ascensión. Cuán notable es que un pescador indocto pudiese ofrecer un discurso tan maravilloso respecto a esta Persona. Esta Persona es la centralidad y universalidad de la economía de Dios. Existe una gran diferencia entre el punto central del testimonio de los

apóstoles y aquello en lo que se enfoca la mayoría de los cristianos cuando leen el libro de Hechos, particularmente los que están bajo la influencia del pentecostalismo. Muchos ponen demasiado énfasis en las cosas físicas y milagrosas como los pañuelos o delantales de Pablo y la sombra de Pedro. Algunos grupos piden donativos y a cambio envían lo que llaman “pañuelos santos” que según ellos tienen poderes curativos. Tal vez otros grupos den énfasis a la sombra sanadora de Pedro. Me preocupa que incluso nosotros en el recobro del Señor seamos cautivados por estas cosas milagrosas y nuestros corazones sean distraídos de la Persona misma. Si le damos importancia a estas cosas milagrosas y externas, no hemos visto adecuadamente a esta Persona. Desde luego, los dones de poder milagrosos se hallan en el libro de Hechos; son un anticipo de la era venidera. Sin embargo, la economía de Dios no se centra en estas cosas; la economía de Dios está centrada en Cristo. Cristo es la centralidad y universalidad de la economía de Dios. Que todos estemos abiertos para ver a esta Persona maravillosa y todo-inclusiva según el testimonio de los apóstoles en el libro de Hechos.

**AL ESTUDIAR EL LIBRO DE HECHOS,
DEBEMOS TENER LA PERSPECTIVA DEL SEÑOR JESÚS
COMO AQUEL QUE ESTÁ EN EL TRONO
EN EL ASPECTO ECONÓMICO
Y EN NOSOTROS EN EL ASPECTO ESENCIAL;
ÉSTA ES LA REVELACIÓN
QUE PRECEDE AL LIBRO DE HECHOS**

Al estudiar el libro de Hechos, debemos tener la perspectiva del Señor Jesús como Aquel que está en el trono en el aspecto económico y en nosotros en el aspecto esencial; ésta es la revelación que precede al libro de Hechos (He. 12:2; Ap. 5:6; 2 Ti. 4:22; 1 Co. 6:17). Tenemos que tener esta perspectiva cuando estudiamos el libro de Hechos. Que el Señor pueda rasgar todos los velos que nos impiden ver a esta Persona, y que los cielos se abran a fin de que la luz de lo alto nos ilumine como lo hizo con Saulo de Tarso para que podamos ver a esta persona, este “me” maravilloso, este Dios-hombre Jesús, debemos recibir la visión de Éste, quien por un lado, en el aspecto económico está en el trono, pero en el aspecto esencial está dentro de nosotros como el Espíritu. Necesitamos ver al Jesús celestial y al Cristo que mora en nuestro interior, Aquel que está en el trono en los cielos y en nuestro espíritu

simultáneamente. Todos necesitamos recibir una revelación de esta Persona.

**EL TESTIMONIO CENTRAL DE DIOS
ES EL CRISTO ENCARNADO, CRUCIFICADO,
RESUCITADO Y ASCENDIDO**

El testimonio central de Dios es el Cristo encarnado, crucificado, resucitado y ascendido (Hch. 1:3, 9-11; 2:22-24, 32-36). Desde el comienzo de Hechos, los apóstoles testificaron que eran testigos de este Jesús (v. 32). Los apóstoles no sólo testificaron acerca de muchos eventos diferentes; ellos fueron los testigos de esta Persona. Este es el que pasó por muchos procesos a fin de que esos procesos formen parte de la visión de los apóstoles y por lo tanto parte del testimonio de ellos con respecto a Él. Esta Persona no es tan simple. El evangelio que predicamos no puede ser un evangelio bajo. Más bien, debemos predicar el evangelio elevado del Cristo encarnado, crucificado, resucitado y ascendido.

**TODOS NECESITAMOS DISFRUTAR PLENAMENTE
A CRISTO COMO LA FIESTA DE LA SIEGA;
ESTE RICO DISFRUTE DE CRISTO ES, DE HECHO,
EL ESPÍRITU VIVIFICANTE Y TODO-INCLUSIVO,
QUIEN ES LA CONSUMACIÓN DEL DIOS TRIUNO PROCESADO
QUE LLEGA A NOSOTROS**

Todos necesitamos disfrutar plenamente a Cristo como la Fiesta de la Siega; este rico disfrute de Cristo es, de hecho, el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, quien es la consumación del Dios Triuno procesado que llega a nosotros. (v. 1, nota 1). El hermano Lee dio énfasis a este asunto de la Fiesta de la Siega en el *Estudio-vida de Hechos* (mensaje 6). Es una gran revelación que el derramamiento del Espíritu en Pentecostés fue el cumplimiento de la Fiesta de la Siega del Antiguo Testamento. El mensaje 3 de este entrenamiento, acerca del Espíritu Santo en Hechos, arrojó mucha luz con respecto a la venida del Espíritu en dos aspectos. Estas dos venidas estaban separadas por cincuenta días entre ambas. La primera venida del Espíritu ocurrió en la noche del día de la resurrección del Señor y la segunda se llevó a cabo el Día de Pentecostés. Ambas fueron profetizadas en el Antiguo Testamento.

Se celebraban tres Fiestas principales en el Antiguo Testamento. La primera era la Fiesta de la Pascua. El Señor Jesús fue crucificado durante la Fiesta de la Pascua como el Cordero de Dios. Él murió como

el Cordero de Dios y hoy nosotros disfrutamos este Cordero pascual como nuestra fiesta. El día de la Pascua comenzaba el jueves al atardecer y terminaba el viernes al atardecer. Luego, al tercer día, que era el primer día de la semana, el Señor Jesús resucitó (Jn. 20:1). Por lo tanto, en el Nuevo Testamento al primer día de la semana se le llama el día del Señor (Ap. 1:10). Cristo resucitó el día del Señor, que fue el tercer día después de la Fiesta de la Pascua y, aunque ese día no había ninguna fiesta establecida, existía una ordenanza en el Antiguo Testamento que requería que los hijos de Israel ofrecieran una gavilla fresca de las primicias de la siega (Lv. 23:10). Esta gavilla se ofrecía dos días después de la Pascua como una ofrenda mecida a Jehová para que Él tuviese un deleite fresco. Nadie podía disfrutar esa gavilla excepto Dios; esa gavilla representa a Cristo recientemente resucitado.

En la mañana en la que el Señor resucitó, después de que Jesús había resucitado de la tumba, una de aquellos que le amaban, María la Magdalena, vino a buscarle. Cuando el Señor se le apareció ella quería tocarlo, pero el Cristo resucitado dijo: “No me toques, porque aún no he subido a Mi Padre” (Jn. 20:17). Antes de que llegara esa noche y de que el Señor viniera por primera vez a Sus discípulos como Espíritu en el aspecto esencial, hubo una ascensión secreta del Cristo resucitado como la gavilla de las primicias para el disfrute de Dios. Luego, esa misma noche, regresó a Sus discípulos después de haberse presentado al Padre y se sopló en ellos y dijo: “Recibid el Espíritu Santo” (v. 22). Ese soplo del Espíritu había sido prometido por el Señor en Juan 14, 15 y 16. Él se sopló en Sus discípulos como el “otro Consolador”, el Espíritu de realidad, quien era el Cristo mismo que había sido pneumatizado. Ese soplo fue hecho en una forma algo secreta, dentro de una habitación cerrada. Por tanto, tanto su ida al Padre como su venida a los discípulos en esta habitación cerrada, ambos ocurrieron de manera secreta. El tiempo transcurrido entre su primera ascensión y Su primera venida como el Espíritu fue menos de veinticuatro horas. Pero el tiempo transcurrido entre Su segunda ascensión y Su segunda venida como el Espíritu fue de diez días. Después de Su primera venida como el Espíritu y Su segunda ascensión transcurrió un periodo de cuarenta días en los que el resucitado estuvo ocupado apareciéndose a Sus discípulos, hablándoles de lo tocante al reino de Dios y entrenándolos para que le conocieran como el Cristo pneumático e invisible dentro de ellos. Después de esos cuarenta días, Él ascendió física y públicamente ante los ojos de ellos desde el monte del Olivar en Su

segunda ascensión, y amplió así la perspectiva que ellos tenían tocante a la economía de Dios y fortaleció su fe a lo sumo. Los discípulos lo contemplaron ascendiendo a los cielos, y recibieron Su mandato de regresar a Jerusalén y esperar el derramamiento del Espíritu, lo cual ocurrió diez días más tarde.

Sucedieron muchas cosas en los cielos durante esos diez días. Esta Persona fue coronada, glorificada, entronizada e inaugurada en muchos aspectos maravillosos de Su ministerio celestial. En los cielos Él inició la siguiente etapa de Su ministerio, que ya no era terrenal sino celestial. Al mismo tiempo, Sus discípulos, en quienes Él se había soplado y con quienes se había mezclado como el Espíritu, como representantes Suyos en la tierra, estaban cooperando con lo que estaba sucediendo en los cielos. Mientras el Señor estaba ejerciendo Su administración celestial en los cielos, Sus discípulos en la tierra oraron juntos en unanimidad durante diez días. En el transcurso de esos diez días, Él recibió la promesa del Padre, el Espíritu Santo, y lo derramó en el aspecto económico en el Día de Pentecostés.

El derramamiento del Espíritu en Pentecostés cumplió el tipo de la Fiesta de la Siega celebrada en el Antiguo Testamento, que también se llamaba la Fiesta de las Semanas, porque se realizaba siete semanas después de la ofrenda de la gavilla de las primicias (Lv. 23:15). El día de la resurrección del Señor es el día después del sábado, y nos referimos a él como el día del Señor. El Día de Pentecostés también ocurrió después del sábado, en el día del Señor. Por lo tanto, el día del Señor es el día de la resurrección y el día del derramamiento del Espíritu. Hermanos y hermanas, nunca deben faltar a una reunión del día del Señor. Esto no quiere decir que soy supersticioso, pero el día del Señor tiene algo muy particular en la economía de Dios. El Señor resucitó en el día del Señor, se sopló dentro de Sus discípulos como el Espíritu en el aspecto esencial en el día del Señor y derramó Su Espíritu en el aspecto económico sobre Sus discípulos en un día del Señor. El derramamiento del Espíritu invistió y vistió a los creyentes, no sólo de poder sino también con autoridad. En un solo Espíritu fueron todos bautizados, sumergidos, en un solo Cuerpo.

El derramamiento del Espíritu sobre el Cuerpo es la transmisión “a la iglesia” (Ef. 1:19-23) del poder cuádruple del Cristo ascendido. Este poder cuádruple incluye el poder de resurrección, el poder que trasciende todo, el poder que somete todas las cosas y el poder que reúne todas las cosas bajo una cabeza, y todo esto es dado “a la iglesia”. En el

Día de Pentecostés, hubo una transmisión desde el trono a Jerusalén, desde los cielos a la tierra, y del Cristo ascendido a Sus creyentes, que son la iglesia. Esta transmisión produjo el Cuerpo de Cristo. El que se produjera el Cuerpo de Cristo el Día de Pentecostés es el verdadero cumplimiento de la Fiesta de la Siega porque ya no había solamente una gavilla de las primicias, el Cristo individual en resurrección, que fue mecida delante de Dios, sino que el Día de Pentecostés se realizó toda la siega, Cristo y Su Cuerpo. El Espíritu ha sido derramado en el Cuerpo de Cristo, y el Cristo individual ha sido agrandado para ser la iglesia, Su Cuerpo (Lv. 23:17 y nota 1). Este Espíritu todo-inclusivo es el rico producto de la resurrección de Cristo. Al recibir este Espíritu todos los creyentes pueden disfrutar el Cristo todo-inclusivo como la bendición total del evangelio predicado a Abraham, el cual fue tipificado por las riquezas y la abundancia de la buena tierra. Todos podemos participar de las abundantes riquezas de esta buena tierra todo-inclusiva. Todo en esta buena tierra es nuestro. Todo el producto de la buena tierra es la porción asignada para nuestro disfrute. Todas estas riquezas, simplemente nos están esperando para que nos apropiemos de ellas, las recibamos y las disfrutemos. ¡Aleluya! El Espíritu todo-inclusivo ha sido derramado abundantemente sobre el Cuerpo de Cristo para nuestro disfrute. Este es el cumplimiento de la Fiesta de las Semanas y éste es el verdadero significado de Pentecostés. Mediante este derramamiento podemos tener el pleno disfrute de Cristo. Pentecostés no se trata meramente de recibir cierto tipo de energía o poder. Esas cosas son necesarias, pero debemos recibir la visión intrínseca de Pentecostés, que por medio de enviar y derramar este Espíritu consumado y todo-inclusivo podemos ahora participar del pleno disfrute de esta Persona, este Cristo todo-inclusivo, quien es la consumación del Dios Triuno procesado. ¡Aleluya!

Cuando hablamos del Espíritu esencial que se sopló y del Espíritu económico que se derramó, no estamos diciendo que hay dos Espíritus sino uno solo que tiene dos aspectos. Es un solo Espíritu. De hecho, en las epístolas de Pablo y en los demás libros del Nuevo Testamento casi no hay distinción entre los dos aspectos del Espíritu como se ve en el libro de Hechos. Lo que se menciona en las epístolas y en Apocalipsis es simplemente el Espíritu.

La característica del Espíritu esencial, tipificada por la gavilla de las primicias (vs. 10-11), es su frescura. La característica del Espíritu económico derramado el Día de Pentecostés, conocido como la Fiesta de

las Semanas (vs. 15-16; Dt. 16:10) y la Fiesta de la Siega (Éx. 23:16), es la abundancia. Sin el derramamiento de este Espíritu nuestra experiencia del Dios Triuno no sería abundante. Pablo habla de “la abundante ministración del Espíritu de Jesucristo” (Fil. 1:19). El Espíritu que disfrutamos no es pobre o escasamente adecuado para nuestra subsistencia. Por el contrario, este Espíritu es abundante. El Señor dijo que Él “no da el Espíritu por medida” (Jn. 3:34). No hay nada limitado, escaso, carente o insuficiente en lo que ofrece el Espíritu que experimentamos hoy. Necesitamos tomar, apropiarnos, usar y disfrutar este Espíritu. De lo contrario, no honramos al Señor sino que lo hacemos a Él pequeño y limitamos al Espíritu en nuestra experiencia.

Es posible que muchos de nosotros hayamos tenido por años cierto disfrute del Espíritu esencial, pero estemos cortos en cuanto a la experiencia del aspecto económico del Espíritu. Quizás hasta evitemos hablar de ello debido a la reputación negativa del pentecostalismo que hace énfasis en las lenguas, milagros y prodigios. Si nos deshacemos de estas consideraciones, veremos que necesitamos el Espíritu económico todo el tiempo, y que esto es normal. No debemos ser como un avión que está en la pista por veinte años y nunca despega. En lugar de esto, debemos volar como un cohete. Ya sea que nos reunamos en una pequeña iglesia o en una iglesia grande, debemos volar como un cohete porque estamos llenos del combustible divino, el suministro abundante del Espíritu de Jesucristo.

Tengo la carga de que nosotros no seamos de aquellos que las pasan con las justas. No debemos dar gracias a Dios porque apenas logramos acabar el año. Esta clase de testimonio no es bueno. Esta no es la experiencia de un creyente normal. En lugar de ello debemos decir: “¡Todo lo puedo en Aquel que me reviste de poder! Tengo el Espíritu económico y el esencial, y éstos dos son un solo Espíritu”. Lo que nos lleva desde aquí hasta allá es la oración, el ejercicio de nuestro espíritu, invocar el nombre del Señor y mantener la unanimidad. Esto hará que experimentemos muy rápidamente, no solamente el Espíritu esencial sino también Espíritu económico. Además, debemos estar bien con el Cuerpo y adherirnos a los principios del Cuerpo. Debemos estar en la realidad del “me” corporativo. De lo contrario, este Espíritu no puede ser nuestra porción en la experiencia. De hecho, este Espíritu es simplemente la realidad del Cuerpo, y el Cuerpo es la réplica de este Espíritu. Éste es el Cristo todo-inclusivo como el Espíritu hoy.

TODOS LOS APÓSTOLES LLEVARON A CABO EL MISMO MINISTERIO, EL CUAL CONSISTÍA EN PORTAR EL TESTIMONIO DE JESUCRISTO COMO AQUEL QUE FUE ENCARNADO, CRUCIFICADO, RESUCITADO Y ASCENDIDO, QUIEN ES EL SEÑOR DE TODOS; ELLOS HICIERON ESTO AL ANUNCIAR A CRISTO EN SU PERSONA Y OBRA

Todos los apóstoles llevaron a cabo el mismo ministerio, el cual consistía en portar el testimonio de Jesucristo como Aquel que fue encarnado, crucificado, resucitado y ascendido, quien es el Señor de todos; ellos hicieron esto al anunciar a Cristo en Su persona y obra (Hch. 1:17; 9:20, 22; 10:36-43).

Con respecto a Cristo hay dos aspectos principales: el aspecto de Su persona y el aspecto de Su obra; la frase *el Hijo de Dios* denota Su persona y la frase *el Cristo* denota Su obra

Con respecto a Cristo hay dos aspectos principales: el aspecto de Su persona y el aspecto de Su obra; *el Hijo de Dios* denota Su persona y *el Cristo* denota Su obra (9:20, 22; Jn. 20:31). El hecho de que el Señor Jesús sea el hijo de Dios significa que Él es Dios, Aquel que tiene un origen divino único (1:18; 3:16). El hecho de que el Señor Jesús sea el Cristo significa que Él es el que Dios ha ungido y Dios ha designado para llevar a cabo todo lo que Dios desea (Mt. 16:16-18).

En nuestro ministerio y en nuestra predicación del evangelio, debemos enfatizar siempre estos dos aspectos de Cristo. Debemos seguir el modelo de los apóstoles y predicar estos dos aspectos de Cristo: Su persona y Su obra. *El Hijo de Dios* denota la persona del Señor Jesús. Él llamó a Dios Su Padre y aquello enfureció a los religiosos. De hecho, al decir esto, Él decía: “Yo soy el Hijo de Dios”, lo cual es hacerse igual a Dios. Él es Dios y nosotros gritamos ¡Amén!

Como Hijo de Dios, Jesús es divino; Él es Dios. Él también es el Cristo, el comisionado por Dios. Él es el único Designado por Dios en este universo para llevar a cabo la asignación y comisión divina para el cumplimiento del propósito eterno de Dios por medio de todos Sus procesos de encarnación, crucifixión, resurrección y ascensión. Esto es con el fin de llevar a cabo la redención eterna y la salvación completa según la designación realizada por Dios. Juan nos dice que debemos creer que Jesús es Hijo de Dios y el Cristo a fin de tener vida eterna (Jn. 3:16; 20:31). Cualquier persona que no crea esto no puede ser salva.

Debemos creer en la persona y en la obra de Cristo para tener vida eterna.

Pedro fue testigo del hombre Jesús en Su obra, muerte, resurrección y ascensión

Pedro fue testigo del hombre Jesús en Su obra, muerte, resurrección y ascensión (Hch. 2:22-36). Este era el contenido del primer mensaje que Pedro predicó.

Mientras Cristo vivía y ministraba, todo lo que hacía mostraba que quien realizaba Su obra era Dios, y que Él había sido plenamente examinado, probado y aprobado por Dios

Mientras Cristo vivía y ministraba, todo lo que hacía mostraba que quien realizaba Su obra era Dios, y que Él había sido plenamente examinado, probado y aprobado por Dios (v. 22). Todo lo que fue llevado a cabo por Jesús el nazareno, todo Su vivir y Su obra, fue plenamente aprobado por Dios. ¿Ha existido alguna vez un hombre como Él? Es probable que no tengamos el sentir de que todo lo que hacemos a lo largo del día sea aprobado por Dios, pero en el caso de Jesús, Dios podría decir: “¡Muy bien! ¡Excelente!” a todo lo que Él hacía. Todo lo que hacía era correcto. Solo buscaba la gloria del Padre, solo hablaba las palabras del Padre, solo hacía la obra del Padre y solamente buscaba hacer la voluntad del Padre.

La crucifixión del Señor no fue un accidente que ocurrió en la historia humana, sino el cumplimiento deliberado del consejo divino que Dios determinó, el cual tuvo lugar según la predestinación eterna del Dios Triuno

La crucifixión del Señor no fue un accidente que ocurrió en la historia humana, sino el cumplimiento deliberado del consejo divino que Dios determinó, el cual tuvo lugar según la predestinación eterna del Dios Triuno (v. 23). Este varón, el Señor Jesús, fue entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios. La Trinidad Divina celebró un consejo antes de la fundación del mundo en el cual determinaron que el segundo de la Trinidad sería encarnado y crucificado. La crucifixión del Señor no fue un accidente, ni tampoco fue un

accidente la manera en que fue crucificado. El método de ejecución judío era ser apedreado; no obstante, la crucifixión era la manera de los gentiles. Los romanos adoptaron éste método para ejecutar esclavos y criminales en un punto exacto en la historia humana para así dar cumplimiento a la profecía del Antiguo Testamento: “Maldito por Dios es el colgado” (Dt. 21:23; Gá. 3:13). Jesús murió en el tiempo y de la manera exacta según lo que Dios había determinado de antemano. No fue un accidente.

La resurrección de Cristo fue la manera en que Dios lo aprobó y declaró que Él era el verdadero Mesías, Aquel que había sido ungido y designado por Dios para llevar a cabo Su comisión divina

La resurrección de Cristo fue la manera en que Dios lo aprobó y declaró que Él era el verdadero Mesías, Aquel que había sido ungido y designado por Dios para llevar a cabo Su comisión divina (Hch. 2:24-32). La resurrección del Señor fue una aprobación rotunda de Su muerte dada a todo el universo por el Padre. Su resurrección era un gran sello de aprobación y por medio de ella, el Padre decía: “Se cumplió la redención. ¡Esta muerte la ha cumplido! Lo apruebo por completo. Acepto la ofrenda de este Cordero. Tiene eficacia eterna”.

La ascensión de Cristo fue la manera en que Dios lo exaltó; el derramamiento del Espíritu Santo fue la señal de que Dios había exaltado al Señor Jesús y lo había hecho Señor y Cristo

La ascensión de Cristo fue la manera en que Dios lo exaltó; el derramamiento del Espíritu Santo fue la señal de que Dios había exaltado al Señor Jesús y lo había hecho Señor y Cristo (vs. 33-36). Para nosotros era Su ascensión; para Dios era Su exaltación. El derramamiento del Espíritu Santo es una prueba de que Dios exaltó al Señor Jesús y le ha hecho Señor y Cristo. Desde la eternidad pasada, Él ya era Señor y Cristo en Su divinidad, pero en Su encarnación, Él se vistió con la humanidad y se mezcló con el hombre. Ahora en Su ascensión un hombre fue exaltado como Señor y Cristo. “¡Ved a Jesús sentado en el cielo! / Cristo el Señor al trono ascendió, / Como un hombre fue exaltado, / Con Gloria Dios lo coronó” (*Himnos*, #68).

**La encarnación hizo que Jesús sea un hombre,
Su vivir humano en la tierra lo hizo apto para que fuese
el Salvador del hombre, Su crucifixión efectuó una plena
redención a favor del hombre, Su resurrección vindicó
Su obra redentora, y Su exaltación lo invistió para que fuese
el Líder a fin de que pudiese ser el Salvador;
Su exaltación fue el último paso mediante el cual
fue perfeccionado para ser el Salvador del hombre**

La encarnación hizo que Jesús sea un hombre, Su vivir humano en la tierra lo hizo apto para que fuese el Salvador del hombre, Su crucifixión efectuó una plena redención a favor del hombre, Su resurrección vindicó Su obra redentora, y Su exaltación lo invistió para que fuese el Líder a fin de que pudiese ser el Salvador; Su exaltación fue el último paso mediante el cual fue perfeccionado para ser el Salvador del hombre (5:30-31; He. 2:10; 5:9). Él fue exaltado y fue investido como Líder máximo, es decir, para ser el Príncipe de este universo como nuestro Salvador. Esto significa que sólo Él tiene la autoridad para gobernar soberanamente toda la tierra, para que así, todo el medio ambiente de la tierra sea propicio para que el pueblo escogido de Dios pueda experimentar Su salvación.

Muchos están ansiosos por el cambio de administración en Washington y por el sombrío panorama económico. Hoy en día las personas se sienten inestables e inseguras. Se están preguntando qué es lo que sucederá en la tierra, pero nosotros sí sabemos. Sabemos que hay una Persona que está gobernando en éste universo. Él sabe exactamente qué es lo que está sucediendo y está arreglando todo soberanamente, no solamente para que ciertos acontecimientos sucedan, sino más bien, para que las personas sean salvas, se vuelvan a Él y se arrepientan. Él está arreglando todo de tal manera que aún nosotros mismos nos volvamos a Él, nos convirtamos y seamos conquistados, para que así todos seamos vasos abiertos. Esperamos que el próximo año sea un año de la predicación del evangelio. Cuando todo se desmorona externamente, el caballo blanco corre. El Señor arregla soberanamente la situación en el medio ambiente para que Él pueda llevar a cabo Su economía a través de nuestra predicación del evangelio del reino. Necesitamos proclamar tal Cristo a toda la humanidad en toda la tierra habitada. Él lo ha dispuesto todo y nosotros tenemos que cooperar con Él. ¡Aleluya por nuestro

Salvador maravilloso! Él es el Príncipe de paz y el Líder que gobierna en este universo.

**EL TESTIMONIO QUE LOS APÓSTOLES DIERON DE JESUCRISTO,
EL SEÑOR DE TODOS, FUE TODO-INCLUSIVO;
SEGÚN SE DESCRIBE EN EL LIBRO DE HECHOS,
ELLOS PREDICARON Y MINISTRARON
AL CRISTO TODO-INCLUSIVO**

Pedro en su ministerio anunció al Cristo todo-inclusivo

El testimonio que los apóstoles dieron de Jesucristo, el Señor de todos, fue todo-inclusivo; según se describe en el libro de Hechos, ellos predicaron y ministraron al Cristo todo-inclusivo (3:13-26; 4:10-12; 13:22-39). Pedro en su ministerio anunció al Cristo todo-inclusivo (3:13-26; 4:10-12). Pedro fue el primero en anunciar al Cristo todo-inclusivo. En Hechos 3, él dirigió su segundo mensaje a los judíos después de sanar a un hombre que era cojo. Aquella sanidad le abrió el camino para dar un maravilloso mensaje acerca del Cristo todo-inclusivo. Pedro era un pescador inculto, pero debido a que él estaba lleno del Espíritu pudo hablar tal palabra. Consideremos los aspectos de Cristo en el mensaje de Pedro.

El Señor Jesús, el Siervo de Dios, el Sanador, es el Santo y Justo

El Señor Jesús, el Siervo de Dios, el Sanador, es el *Santo y Justo* (vs. 13-14, 16). Como el Santo, Él está absolutamente consagrado a Dios, apartado para Dios y es uno con Dios. Como el Justo, Él está bien con Dios y con todos los hombres y todas las cosas (v. 14). A lo largo de toda la historia humana no existe nadie que haya sido absolutamente consagrado a Dios como el Señor Jesús. Para que podamos ser absolutos necesitamos tomar al absoluto Jesús. Él no es solamente la justicia misma; sino también es el Justo, el que está correcto. Nosotros somos los que estamos equivocados; Jesús es el que está correcto. Si vivimos en nosotros mismos, entonces nuestro día estará incorrecto, pero si estamos en Él, entonces todo estará bien porque Él es el correcto. Él te hace correcto contigo mismo, con Dios, con todas las personas e incluso con todas las cosas.

*Cristo es el Autor de la vida, Él es la fuente y Originador
de la vida, el Líder principal en vida*

Cristo es el Autor de la vida, Él es la fuente y Originador de la vida,

el Líder principal en vida (v. 15). Él es la fuente, el origen, de la vida. La vida se originó en Él. Él mismo es la vida. “En Él estaba la vida” (Jn. 1:4). No permanezca en su condición de muerte o de lisiado. Tome esta vida; tome al Autor de la vida. Sea reavivado cada mañana al tomar al Autor de la vida día a día. Empiece su día con el origen de la vida.

El Señor Jesús es el Profeta, quien habla por Dios y lo proclama

El Señor Jesús es el Profeta, quien habla por Dios y lo proclama (Hch. 3:22-23). Él es el Profeta levantado por Dios para que hable por Dios y proclame los asuntos concernientes a la economía de Dios. Tenemos a tal Profeta entre nosotros y dentro de nosotros. Cuando asista a la reunión del profetizar en el día del Señor, lleve consigo a este Profeta. Hable en Él y permita que Él hable en usted. Él es el verdadero Profeta.

*Cristo es los tiempos de refrigerio; tener a Cristo
es experimentar tiempos de refrigerio*

Cristo es los tiempos de refrigerio; tener a Cristo es experimentar tiempos de refrigerio. El versículo 20 dice: “Para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y Él envié a Cristo, que fue designado de antemano para vosotros, a Jesús”. La palabra *refrigerio* significa “refrescar, reavivar o aliviar”. Cualquiera que esté sufriendo de depresión necesita una verdadera dosis de Cristo. Cuando tomamos a Cristo nos trae tiempos de refrigerio.

Cristo es la simiente en quien recibimos la bendición de Dios

Cristo es la simiente en quien recibimos la bendición de Dios (v. 25). Cristo es la simiente de Abraham mediante el cual es bendecida toda la tierra. Si quiere bendecir la tierra, bendígala con Cristo. Dondequiera que lleve Cristo, traerá bendición. Solamente a través de Cristo la tierra es bendecida. Cualquier otro asunto solo produce maldición.

*Dios envió al Cristo ascendido mediante el derramamiento
del Espíritu; cuando el Espíritu derramado vino a las personas,
ese era Cristo, el ascendido, que Dios les enviaba*

Dios envió al Cristo ascendido mediante el derramamiento del Espíritu; cuando el Espíritu derramado vino a las personas, ese era Cristo, el ascendido, que Dios les enviaba (v. 26). Éste Cristo ascendido, Aquel que es todo-inclusivo, es sencillamente el Espíritu derramado. El Cristo

todo-inclusivo incluye éste aspecto del Espíritu derramado enviado por Dios. Mediante la predicación de los apóstoles, Dios envió éste Cristo ascendido por medio del derramamiento del Espíritu. El Espíritu está estrechamente relacionado con el nombre. Pedro, haciendo referencia a Joel, dijo en Hechos 2: “En los postreros días, dice Dios, derramaré de Mí Espíritu sobre toda carne [...] y sucederá que todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo” (vs. 17, 21). En Hechos 3 Pedro sanó al hombre que era cojo y le dijo: “No poseo plata ni oro, pero lo que tengo, esto te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda” (v. 6).

En 1 Corintios se nos dice que “a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (12:13). Anteriormente, en el mismo capítulo dice: “Nadie puede decir, ¡Jesús es Señor!, sino en el Espíritu Santo” (v. 3). Este es el Espíritu en el cual somos bautizados, el Espíritu que bebemos hoy. La manera más rápida de disfrutar del Espíritu derramado es a través de invocar el nombre del Señor Jesús, al decir: “¡Oh, Señor Jesús!”. Permitamos que nuestra vida de iglesia esté llena del invocar el nombre del Señor de una manera viva. Nuestra vida de reunión y nuestro vivir diario deben estar llenos del invocar el nombre del Señor, como lo hacíamos en los días del salón Elden cuando nosotros invocábamos en todas partes y estábamos llenos del Espíritu todo el tiempo.

Como el Salvador-piedra,

*Cristo es el material para la edificación de Dios;
en resurrección Dios lo hizo la piedra del ángulo,
la piedra sobresaliente que une las paredes de un edificio*

Como el Salvador-piedra, Cristo es el material para la edificación de Dios; en resurrección Dios lo hizo la piedra del ángulo, la piedra sobresaliente que une las paredes de un edificio (Hch. 4:10-12). Los líderes judíos rechazaron esta piedra, pero Aquel a quien ellos rechazaron, Dios lo honró y lo hizo la principal piedra del ángulo, la cabeza del ángulo. Cristo es el que une a los judíos que lo recibieron con los creyentes gentiles. También, a Él se refieren muchas otras piedras que se hallan en la Biblia, incluyendo la piedra de fundamento, la piedra cimera, la piedra de tropiezo, la piedra que hiere y la piedra viva a quien todos nos hemos acercado. Esta piedra está estrechamente relacionada con Su nombre. Según Hechos 4:10-12, el nombre también es la piedra. Es un nombre “pétreo”. Cuando invoca este nombre, usted llega a ser una piedra viva para el edificio de Dios.

**Pablo en su ministerio anunció al Cristo todo-inclusivo;
él llevó a cabo una obra en la cual presentó,
transmitió y ministró al Cristo todo-inclusivo
hecho real como el Espíritu vivificante**

Pablo en su ministerio anunció al Cristo todo-inclusivo; él llevó a cabo una obra en la cual presentó, transmitió y ministró al Cristo todo-inclusivo hecho real como el Espíritu vivificante (13:22-39; 1 Co. 15:45). En Hechos 13 hallamos el primer mensaje que Pablo dio luego de su conversión, el cual fue hablado en Antioquia de Pisidia durante su primer viaje. Este mensaje contiene muchos aspectos maravillosos del Cristo todo-inclusivo.

*Por medio de la resurrección, Cristo llegó
a ser el Hijo primogénito de Dios; el hecho de que
Dios levantara a Jesús de entre los muertos fue la manera
en que Él lo engendró para que fuese Su Hijo primogénito*

Por medio de la resurrección, Cristo llegó a ser el Hijo primogénito de Dios; el hecho de que Dios levantara a Jesús de entre los muertos fue la manera en que Él lo engendró para que fuese Su Hijo primogénito (v. 33; Ro. 8:29). Como el Hijo unigénito, el Señor es la corporificación de la vida divina (Jn. 1:4; 1 Jn. 5:11-12). La vida está implícita en la palabra *hijo*. Como el Hijo primogénito, Cristo es el impartidor de la vida con miras a la propagación de la vida (Ro. 1:3-4; 8:2, 6, 10-11, 29). En Hechos 13 vemos que para la propagación, Pablo predicaba a Cristo como el Hijo primogénito; por esta razón, el predicaba la resurrección del Señor Jesús como Su nacimiento en Su humanidad para ser el Hijo primogénito de Dios (v. 33).

Hechos 13:33 dice: “Mi Hijo eres Tú, Yo te he engendrado hoy”. A fin de tener una comprensión cabal de este versículo, debemos estudiar Romanos 1:3-4. Allí Pablo expone este pequeño versículo. Cristo es el Hijo unigénito desde la eternidad pasada, pero en el día de resurrección Él llegó a ser el Hijo primogénito. Su resurrección nos hizo los muchos hijos engendrados como Sus hermanos e introdujo la humanidad en la filiación divina.

*El Cristo resucitado es el gran don que Dios nos ha dado,
y este don es llamado las cosas santas y fieles de David*

El Cristo resucitado es el gran don que Dios nos ha dado, y este don

es llamado *las cosas santas y fieles de David* (Hch. 13:34). Este Santo es Cristo, el Hijo de David, en quien están centradas y son transmitidas las misericordias de Dios; por consiguiente, *las cosas santas y fieles de David* se refieren al Cristo resucitado. Las cosas santas y fieles son todos los aspectos de lo que Cristo es, o sea, Cristo mismo como misericordias para nosotros, un don todo-inclusivo que Dios nos ha dado para que lo experimentemos y disfrutemos.

Según ha mencionado el hermano Lee, Pablo sabía cómo excavar las Escrituras. Pablo habló primero de lo que había visto en el Antiguo Testamento y luego de lo que había visto en el tercer cielo. En sus escritos, Pablo unió estos dos aspectos. Las catorce epístolas contienen revelación tras revelación de las inescrutables riquezas del Cristo todo-inclusivo con la iglesia como Su misterio. Hechos 13:35 habla del “Santo”. Al examinar los versículos 34 y 35 juntos y estudiar las palabras en el griego original podemos ver en estos versículos que las cosas santas y fieles de David son precisamente Cristo mismo (véase el v. 34, nota 1). Cristo mismo es todas las misericordias. Las cosas santas y fieles son las misericordias que Dios nos ha dado. Nuevamente, al comparar las traducciones de la misma palabra griega en el Antiguo y el Nuevo Testamentos, podemos ver que las cosas santas y fieles se refieren a las misericordias. Todo lo que Cristo es para nosotros es una gran misericordia. No hay nada que nosotros hayamos hecho para estar calificados. “¡Oh, qué merced! ¡Qué gran favor!” (*Himnos*, #141) que este Cristo todo-inclusivo ha sido dado a nosotros. Todo es por la misericordia, así que nadie puede jactarse.

En los mensajes de los Estudio-vida el hermano Lee nos abrió los muchos aspectos de este Cristo todo-inclusivo, en particular en los libros de 1 Corintios, Colosenses y Juan. En 1 Corintios por lo menos existen veinte aspectos: Él es la porción dada a nosotros por Dios (1: 2); Él es el poder de Dios y la sabiduría de Dios como justicia y santificación y redención para nosotros (vs. 24, 30); Él es el Señor de gloria (2:8) para nuestra gloria (v. 7; Ro. 8:30); Él es las profundidades de Dios (1 Co. 2:10); Él es el único fundamento en el edificio de Dios (3:11); Él es nuestra Pascua (5:7), los panes sin levadura (v. 8), el alimento espiritual, la bebida espiritual y la roca espiritual (10:3-4); Él es la Cabeza (11:3) y el Cuerpo (12:12); y las primicias (15:20, 23), el segundo hombre (v. 47), y el postrer Adán (v.45); y como tal, Él llegó a ser el Espíritu vivificante (v. 45) para que le recibamos como nuestro todo (véase 1:9, nota 2).

En el libro de Colosenses, Él es la porción de los santos (1:12), la imagen de Dios (v. 15), el Primogénito de toda creación (v. 15), el Primogénito de entre los muertos (v. 18), Aquel en quien toda la plenitud habita (v. 19), el misterio de la economía de Dios (v. 26-27), el misterio de Dios (2:2), la realidad de todas las cosas positivas (v. 17), Él constituye el nuevo hombre (3:10-11), y Él es el todo y en todos (v. 11).

En Juan, Cristo es el Verbo (1:1), el Cordero de Dios (v. 29), la escalera celestial (v. 51), la serpiente de bronce (3:14), el Novio (v. 29), el agua viva (4:10), el pan de vida (6:35), la luz del mundo (8:12), la puerta (10:7), los pastos (v. 9), el buen Pastor (v. 11), la resurrección (11:25), la vida (v. 25), el grano de trigo (12:24), la vid verdadera (15:1), y el otro Consolador (v. 26). ¡Él es todo lo que necesitamos!

El Cristo todo-inclusivo, el testimonio central de Dios, es hoy en día nuestro disfrute pleno por medio de la venida del Espíritu. Disfrutemos a esta Persona y que nuestra vida de iglesia “despegue” en este maravilloso Espíritu consumado, quien es el Dios Triuno procesado y consumado, y que en esta Persona el Cuerpo del Señor sea edificado.—M. C.